

¿Enseñanza tradicional en el siglo XXI?

Garantizar una educación inclusiva, equitativa, de calidad y promover oportunidades de aprendizaje durante toda la vida para todos, es una de las prioridades de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Mejorar la calidad de la educación es uno de los grandes desafíos del siglo XXI, y puede constituir una tarea difícil de desarrollar con éxito, al insertarnos en un mundo complejo, con nuevas exigencias de profesionalismo.

En la actualidad, el concepto de calidad en la educación tiene varias dimensiones, pues es abarcador, multidimensional y permite ser aplicado a diferentes campos; se considera además como una categoría socialmente determinada, que tiene múltiples definiciones, las que surgen, fundamentalmente, de las demandas que hace el sistema social a la educación (Unesco, 2000).

Los indicadores de calidad de la educación básica han identificado la existencia de serios problemas de eficacia en la mayoría de los sistemas educativos de América Latina. El que la educación sea de baja calidad merece una atención prioritaria por parte de los gobiernos, ya que tiene consecuencias en muchas actividades y es especialmente crítica, pues hoy en día el crecimiento económico y la democracia demandan personas con mejor formación. Sin embargo, muchos intentos por mejorarla no han tenido éxito (Mora, D, 2009).

Al analizar históricamente los procesos educacionales, encontramos la concepción inicial del sistema de transmisión de conocimientos en la denominada “Escuela Tradicional” que solamente reconocía la palabra del maestro, que comunicaba frontalmente los saberes alcanzados hasta ese momento, los cuales eran escuchados y copiados textualmente por los discípulos (Zilberstein et al., 1999).

A partir de los planteamientos del iniciador de la Pedagogía moderna: Juan Amos Comenio (1592-1670), comienza un largo período de transformación de ese tipo de enseñanza, que todavía subsiste. En sentido general, el denominado “padre de la Didáctica” consideraba que la enseñanza

debía ser directa, simultánea, en salones de clases con grupos de estudiantes, y enseñarle por igual “todo a todos”.

En aquel sistema tradicional, el centro del proceso era el maestro y el material de enseñanza. El alumnado era “pasivo”; el conocimiento se daba como verdades acabadas, bajo el sustento de que “...el niño nace con la mente como una página en blanco, y mediante la enseñanza debía adquirir los saberes”. Generalmente, aquella escuela tradicional, como fue denominada, existía un insuficiente vínculo con la vida (Zilberstein et al., 2001).

La tradicional idea de homogeneidad que acompañó el desarrollo educativo en aquel momento y un ejercicio curricular distante de la realidad, se alejan actualmente de la efectividad que se exige, para cumplir con las demandas del desarrollo actual de la sociedad, con las manifestaciones diversas que dan cuenta de una heterogeneidad que ni la sociedad, ni la escuela, pueden obviar y que la era de la información y el conocimiento ayuda a visibilizar.

Los jóvenes de hoy representan a las primeras generaciones que se han desarrollado en una sociedad digital. Crecieron usando computadoras, videojuegos, teléfonos celulares, entre otros.

Pero no se trata solo de manejar herramientas informáticas, sino de promover competencias en los alumnos para actuar y producir en la sociedad que las mismas Tecnologías de la Informática y las Comunicaciones (TIC) han contribuido a crear. La meta hoy es brindar al estudiante las habilidades y estrategias necesarias para administrar y evaluar la abrumadora amplitud y profundidad de la abundancia de la información que se le pone a su disposición.

En el contexto antes descrito, motivar a los docentes a un nuevo abordaje en todos los niveles educativos, con el objetivo de lograr a mediano y largo plazo la reducción de la brecha digital, llevará evidentemente al mejoramiento sustancial de la calidad y de la equidad de la educación.

En este trabajo se analiza la presencia de rezagos de la enseñanza tradicional aún en la actualidad, además de los límites para mejorar la calidad dentro de este modelo que tiende a desaparecer y se concluye que, en la medida que los países deben elevar la calidad, aún bajo severas restricciones económicas, la escuela tradicional permitiría introducir muy pocos progresos en esta dirección.

Desarrollo

Con el decurso de los años se ha visto que la escuela tradicional se ha revelado como incapaz para optimizar la manera habitual que el alumnado tiene de aproximarse al mundo, es decir, para superar el pensamiento simplificador, propio de la cultura de la superficialidad dominante, y muy alejado de un pensamiento científico complejo. Al respecto, García Pérez (2008), refiere que en ella, el sistema escolar se limita a aportar respuestas, “supuestamente correctas”, a transmitir verdades, sin un clima de interacción social que facilite la reflexión y el contraste. Por otro lado, plantea que en este marco, el alumnado se acostumbra a resolver los problemas de manera mecánica, sin explicitar ni movilizar sus propias ideas, sin cruzar e intercambiar argumentos, pues el alumno vive la realización de las tareas académicas como un “simulacro de aprendizaje”.

Con lo anterior, se revela, la imposibilidad de la escuela para suministrar un pensamiento más complejo, preparado para abordar, con más éxito, la problemática social y ambiental, que se ve agravada por otro desajuste, de carácter más contextual: la cultura académica de la escuela no idónea para conectar las pautas culturales manejadas por los alumnos y alumnas; dando lugar a un desajuste entre ambas culturas. Ese desajuste siempre ha existido; lo que acontecía en épocas anteriores es que determinados mecanismos de coerción social hacían menos visible el problema. Actualmente, los alumnos, procedentes, en general, de una cultura muy distinta de la cultura académica, muestran una reacción en forma de “desapego” frente a esa escuela y su cultura (García Díaz et al., 2007; García Pérez, 2008).

En concordancia con Delval (2013), resulta necesario destacar que en la actualidad no existen suficientes mecanismos para evaluar si el conocimiento adquirido por los alumnos es realmente útil en la vida diaria, ni se prepara a los alumnos para ser más selectivos en relación con lo que ellos desean aprender y esta situación constituye un rezago de la educación de tipo tradicional, la cual no invita al estudiante a identificar en su contexto los objetos locales y actividades relacionadas con el trabajo, transporte, salud, alimentación, producción, historia, geografía, cuentos, fábulas, adivinanzas, vegetales,

animales, minerales y todos los demás temas incluidos en los currículos de estudios, que pueden ser observados en su propio medio.

Por lo tanto, a menos que se encuentre un instrumento para mejorar la relación con la realidad, que incluya la experiencia local en el aprendizaje diario, los estudiantes estarán en desventaja y será difícil elevar la calidad de la educación.

Finalmente, el método de enseñanza frontal, basado en la copia y memorización, no permite al alumno tomar decisión alguna. En resumen, a menos que el tiempo que los maestros dedican a desarrollar sus clases, o a copiar en el pizarrón, sea drásticamente reducido, no habrá oportunidades para que los alumnos utilicen su capacidad de pensar. Para que los maestros reduzcan la “transmisión” de conocimientos es necesario introducir un conjunto de métodos de enseñanza diferente, centrado en textos de autoaprendizaje que liberen al maestro de dar las instrucciones e información rutinarias.

En la actualidad la información se encuentra deslocalizada y corresponde al docente organizarla, estructurarla y adaptarla a las características del entorno en el cual ejerce su docencia.

Es menester destacar que en el contexto actual, el docente debe pasar, de simple transmisor de información, a guía del proceso de enseñanza-aprendizaje, convertirse en un motivador y facilitador de recursos, diseñador de nuevos entornos de aprendizaje con las TIC, adaptador de materiales desde diferentes soportes, productor de materiales didácticos en nuevos soportes, evaluador de los procesos que se producen en estos nuevos entornos y recursos, concepción docente basada en el autoaprendizaje permanente sobre o soportados con las TIC.

Pero, aún sin estos recursos informáticos, la tarea del docente debe consistir, fundamentalmente, en enseñar a pensar, en ayudar a los estudiantes a reflexionar, a arribar a conclusiones, a ejercitar sus capacidades, todo lo cual, lamentablemente, sucede en contados casos en la actualidad.

Es de considerar que al tratar sobre las tecnologías educativas modernas, los docentes deben estar tan actualizados como los estudiantes en su empleo, pero si no se preparan con los recursos informáticos actuales, se quedan a la zaga, pues los estudiantes, inclusive, manejan la tecnología mejor, ya que pertenecen a una generación que creció con su uso, denominados “nativos

digitales”; por tanto, el profesorado debe adaptarse a los nuevos cambios que demanda la sociedad, y solo así lograremos insertarnos en mundo actual y tecnológico.

No obstante, el empleo de estos nuevos recursos como medios de enseñanza, debe efectuarse con toda responsabilidad, cautela y racionalidad, porque en todo caso, deben responder a un sistema que es el proceso didáctico o proceso de enseñanza-aprendizaje, que tiene la virtud de constituir un todo bien engranado, en el cual la introducción de un componente novedoso, debe conllevar a cambios en su estructura, siempre rectorado por los objetivos a alcanzar.

Por tanto, debemos romper los paradigmas de la enseñanza-aprendizaje, en donde los maestros se preparaban para dar su cátedra únicamente y los alumnos a recibir como esponjas absorbentes los conocimientos de sus mentores. Hoy no es así, tenemos ante todo la obligación de forjar conciencias críticas y participativas en los estudiantes. Los nuevos modelos educativos deben estar encaminados a formar docentes y estudiantes con capacidades multidisciplinarias.

Si realmente el profesor desea ser un facilitador de la enseñanza-aprendizaje del alumno debe prepararse más y mejor, en todos los terrenos de la vida, esto es, tanto en las ciencias naturales, como las sociales, porque además de poder ayudar a que el alumnado forje y construya su conocimiento científico, debe ayudarle a forjar valores que lo lleven a tener una calidad de vida mejor a la existente, actuando de manera responsable y honesta con el medio ambiente y el medio social que lo rodea; que genere cultura y ciencia en progreso de la humanidad y sobre todo de los más necesitados y no para unos cuantos constituye una divisa para la Educación actual. En este sentido, debe estar enfocado el nuevo modelo educativo a nivel mundial (Torrubia Balagué et al, 2017; Vilches A., et al, 2012).

Por consiguiente, es de lamentar que todavía existan profesionales de la Educación que se limiten a hacer copiar a sus estudiantes determinados recuadros de los textos, que “dicten” contenidos sin explicarlos adecuadamente, que reciten conocimientos aprendidos de memoria y solamente exijan al alumnado memorizarlos. Estas y otras formas de asumir la enseñanza se acerca mucho más a aquella escuela tradicional, que hoy criticamos con fuerza.

Es necesario capacitar al profesor en técnicas de enseñanza, de evaluación y de manejo de actitudes que propicien o completen sus competencias docentes, que conduzcan al alumno en la adquisición de hábitos de auto-aprendizaje. Cuando nuestras escuelas y universidades se preocupen de estos temas, entonces podremos decir que estamos caminando hacia una educación de calidad, no basta que con grandes sacrificios se invierta dinero en infraestructura o equipamiento, hay que capacitar al personal docente para el cambio y hacerle sentir su conveniencia.

Conclusiones

Para mejorar la calidad en la educación es indispensable el compromiso de los protagonistas que intervienen en el proceso del aprendizaje: padres, maestros, alumnos y autoridades. En cuanto a la práctica docente corresponde actualizarse y capacitarse en forma continua, siendo este el primer paso de lograr la calidad en la educación.

La sociedad actual tiene aún muchas deudas, en lo que respecta al ámbito educativo, y muchas de ellas van más allá de que las escuelas posean o no herramientas informáticas, si la transmisión de conocimientos sigue adoleciendo de las insuficiencias de la enseñanza tradicional.

La educación asume el compromiso de garantizar a toda la población el mínimo de conocimientos de índole tecnológica, y esto consiste en ir incluyendo como contenidos de la educación básica y obligatoria aspectos que refieren al aprendizaje y uso de nuevas tecnologías de la información, pero de una forma racional, bien pensada y en correspondencia con los objetivos perseguidos.

Esta es la verdadera preparación de los estudiantes para el futuro que los espera, porque la mayoría de las profesiones, desde las tradicionales hasta las más nuevas, requieren algún tipo de saber y competencias en el manejo de las TIC, pero al mostrar en la enseñanza su uso como medios de apoyo al proceso, se gana en efectividad.

Brindar opciones a los alumnos podría ayudar a crear ese tipo de mente nueva, adecuada a las demandas del nuevo siglo, sin los rezagos de una educación tradicional afortunadamente ya obsoleta.

Dachel Martínez Asanza- Cuba-



Referencias

- Delval, J. (2013). La escuela para el siglo XXI. *Sinéctica*, (40), 01-18. Recuperado en 06 de abril de 2018, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-109X2013000100004&lng=es&tlng=es.
- García Díaz et al., (2007). ¿Son incompatibles la escuela y las nuevas pautas culturales? *Investigación en la Escuela*, 63, p. 17-28.
- García Pérez, F., Fernández, N. (2008). ¿Puede la escuela del siglo XXI educar a los ciudadanos y ciudadanas del siglo XXI? Diez años de cambios en el Mundo, en la Geografía y en las Ciencias Sociales, 1999-2008. Actas del X Coloquio Internacional de Geocrítica, Universidad de Barcelona, 26-30 de mayo de 2008. Recuperado 01 de enero de 2017, de <http://www.ub.es/geocrit/-xcol/394.htm>
- Mora, D. (2009). Estándares e indicadores de calidad de la educación para los países ALBA. *Revista Integra Educativa*, 2(3), 15-66. Recuperado en: 20 de marzo de 2018, de http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1997-40432009000300002&lng=es&tlng=es.
- Torrubia Balagué et al., (2017). Padres y escuelas que hacen crecer en el siglo XXI. *Alteridad*, 12(2), pp. 215-223. Recuperado en: 06 de abril de 2018, de <http://doi.org/10.17163/alt.v12n1.2017.07>.
- Unesco. Declaración Mundial sobre Educación Superior en el siglo XXI: Visión y Acción (2000). *Rev. Cubana Educ Med Sup*, 14(3): 253-269. Recuperado en: 06 de abril de 2018, de <http://scielo.sld.cu/pdf/ems/v14n3/ems06300.pdf>
- Vilches A., et al (2012). La educación para la sostenibilidad en la universidad: el reto de la formación del profesorado. *Profesorado*. 16(2). Recuperado en: 06 de abril de 2018, de <http://www.ugr.es/~recfpro/rev162ART2.pdf>
- Zilberstein, J et al., (1999). *Didáctica Integradora vs Didáctica Tradicional*. Editorial Academia. Edición Especial para el Primer Congreso Internacional de Didáctica de las Ciencias. La Habana, Cuba.
- Zilberstein, J et al., (2001). *Aprendizaje y calidad de la educación*. México: Ediciones CEIDE.

La autora

Doctora en Estomatología. Investigadora Agregada. Máster en Atención de Urgencias Estomatológicas. Especialista de Primer Grado en Estomatología General Integral. Profesora Asistente de la carrera de Estomatología del Instituto de Ciencias Básicas y Preclínicas “Victoria de Girón”. Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, Cuba.

Correo: dachelmtnez@infomed.sld.cu